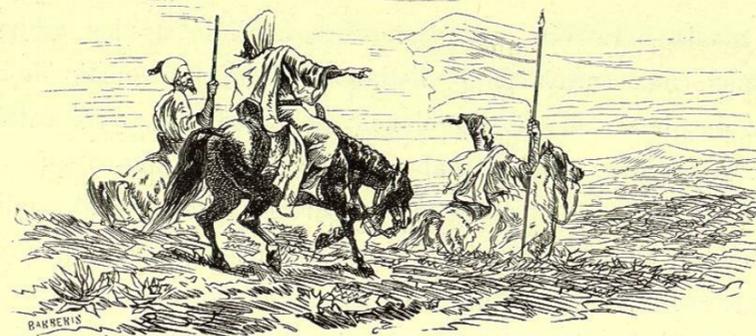


enfermo, que no comprendía lo que había pasado, que no sabía dónde estaba. Después todo fué silencio y oscuridad. Cuando volví en mi acuerdo, encontréme en mi tienda, tendido sobre el lecho, con el doctor al lado, que contemplándome á la luz de la vela, me dijo sonriendo:

—Pasóse pronto; mas sea ésta la primera y la última.



La vanguardia de la caravana

DE ZEGUTA AL TAGAT

EN tanto que discurro de uno á otro lado en busca de mi cabalgadura, que encuentro al fin revuelta con las del bagaje, sin que pueda explicarme la causa de ello, parte la embajada. No me habría sido difícil alcanzarla; pero quiso mi mala ventura, que como al salir del campamento tomara por una pendiente pedregosa, la mula resbaló, aflojéronsele las cinchas, la literatura se vino al suelo, fué menester media hora para poner en orden cuanto se había desordenado y ¡adiós embajada! ¡Qué remedio! No me queda más recurso que continuar el viaje solo y por mi cuenta, seguido de lejos por un criado cojo, que si llego á verme asaltado llegará si acaso, á tiempo para verme dar la última acometida. ¡Cómo ha de ser! ¡Cúmplase la voluntad de Alá!

La campiña se halla desierta, el cielo nuboso. De media

en media hora veo aparecer, sobre la cima de las alturas lejanas, una caravana de distintos colores, en medio de la cual reconozco el caballo blanco del embajador, y el caftán rojo de Selam, con lo cual por un rato me figuro que no estoy solo; pero la cabalgata desaparece, y la soledad vuelve á pesar sobre mi corazón. Á la distancia de una hora del campamento, alcanzo una retaguardia de doce jinetes, mandados por el viejo Abú-ben-Gileli, el cadí de los cincuenta palos, que me lanza á quema ropa una mirada terriblemente expresiva. Sonríó humildemente, y sigo adelante. Dejo á mi espalda el valle delicioso que se distinguía desde el campamento, y penetro en otro dilatado, que flanquean montañas de pendiente rapidísima, cubiertas de pitas y olivos, las cuales semejan dos grandes murallas verdes á derecha é izquierda de un camino recto, inmenso, cerrado en el fondo por una cortina de montes azulados. Encuéntrome con varios árabes que se detienen para verme pasar, y miran en derredor, absortos de que no haya quién me acompañe. ¿Me asaltan ó no me asaltan? Acércase uno á un árbol, desgaja resuelto y apresuradamente una rama y se dirige á mí. Llegó el momento. Detengo la mula y amartillo la pistola. Él se echa á reír y me presenta el bastón, explicándome con signos que lo ha arrancado para mí, á fin de que pueda arrear á la mula que anda reacia. En aquel punto veo dos jinetes de la escolta que vienen á mi encuentro á todo galope. Está visto, no ha llegado mi hora todavía. Los dos soldados se colocan á mi lado, uno á la diestra y otro á la izquierda, como dos carabineros ¹ y arrear mi cabalgadura con las culatas de sus espingardas, diciendo:

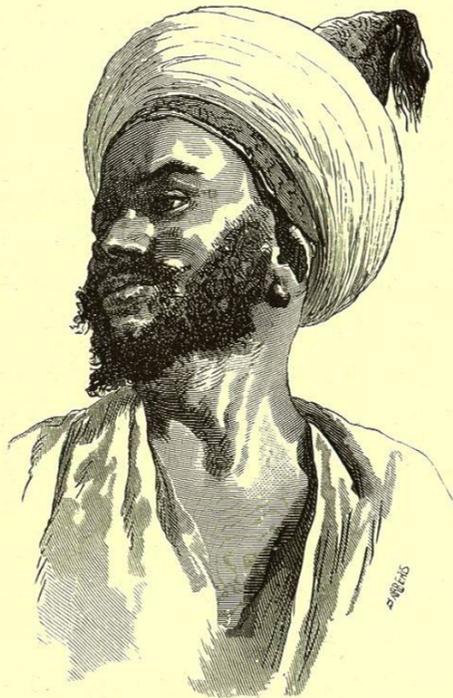
—*Embasciador! Embasciador!*

¹ Como si dijéramos *guardias civiles*.

El embajador los ha enviado para saber lo que me ha acontecido. Merecen una recompensa. Deténgome y les ofrezco una botellita de vino, que llevo en el bolsillo. No dicen que sí ni que no; pero se miran sonriendo el uno al otro y me dicen que jamás lo han bebido.—Probadlo,—les digo por señas, y aceptando, toma el uno la botella, viértese unas gotas en la palma de la mano, da una lengüetada, y durante un rato permanece como sumido en profundas meditaciones. Otro tanto hace su compañero. Después se miran, échanse á reír y su risa me indica que les ha sabido bien.—¡Pues bebed, qué diablo!—Y de un trago deja el uno mediada la botella, y el otro la apura de otro trago. Después se ponen ambos la mano sobre el pecho y miran al cielo con ademán contemplativo, que revela la más deliciosa voluptuosidad. Terminado lo cual, seguimos adelante. Encontramos nuevos grupos de árabes, hombres, mujeres y niños, que me contemplaban con viva curiosidad. De ellos, uno pronunció algunas palabras á las cuales contestaron inmediatamente mis acompañantes con un brusco movimiento negativo. Después he averiguado que presumiendo que iba custodiado, había dicho:—Es un cristiano que ha robado al embajador.

Descúbrese alguna aldea formada de casas blancas sobre las cumbres que flanquean el valle: las *casbas* abundan más, del mismo modo que las palmeras, los frutales, las adelfas y los rosales: la campiña se halla materialmente cubierta por un manto de verdura, y empiezan á distinguirse señales dispersas de división de la propiedad. Por último penetramos en una garganta angosta y tortuosa, formada por dos murallas de rocas, al término de la cual nos encontramos en el terreno del campamento. Estamos en la ribera del Miches, afluente del Sebú, en las cercanías de un puentecillo cons-

truído hace diez y siete años, en una cuenca formada por un semicírculo de colinas pedregosas. El cielo ceniciento como una bóveda de plomo, da paso á una luz oscura y macilenta, que nos obliga á permanecer siete horas consecutivas debajo de las tiendas. El termómetro señala cuarenta y un grados.



El moro Scellal

La atmósfera es pesada y sofocante. Desde el interior de las tiendas no se percibe más rumor que el canto de los grillos, y los sones de la guitarra de Ducali. El campamento es presa de profunda modorra; pero al caer la tarde todo cambia. Refresca la atmósfera un chaparrón pasajero, y un haz de rayos deslumbradores, penetrando como una corriente de luz eléctrica por la abertura de la garganta, difunde un baño de doradas tintas sobre la mitad

de la campiña. Llegan correos de Tánger, correos de Fez y curiosos de las aldeas vecinas: los dos tercios de la caravana se zambullen en el río, y la comida se ve amenizada por la aparición de un nuevo personaje, procedente de la gran ciudad, del cherif, el moro Scellal, otro de los protegidos por la Legación de Italia, que tiene un pleito pendiente con el gobierno del Sultán; el turbante más voluminoso, el

rostro más rubicundo, la más pingüedinoso figura morisca que se haya visto de Tánger acá.

El día siguiente nos pusimos en camino en cuanto amaneció, sin más escolta que los cuarenta soldados de Hamed-ben-Hassen. Había estallado una insurrección en las provincias limítrofes de Argel, y para hacer entrar en razón á los rebeldes había salido toda la caballería de la provincia de Fez.

—No faltarán cabezas colgadas de las puertas de la ciudad, — observa Ducali.

Durante dos ó tres horas caminamos al través de colinas, en medio de lentiscos y retamas. Después desembocamos en la dilatada llanura de Fez, coronada de cerros y montañas; cubierta de hermosos campos de trigo; sembrada de grandes *aduares*; surcada por el río de la Fuente Azul, que lleva sus aguas al Miches, y por el río de las Perlas, afluente del Sebú, que atraviesa la ciudad sagrada del imperio; cuyo espacio cruzan grandes bandadas de grullas, ocas silvestres, tórtolas, perdices y vencejos; llena de luz, y alegre y placentera como inmenso jardín de pomposa vegetación. Establecemos el campamento junto al río de la Fuente Azul. La jornada pasa rápidamente, empleándose el día en cazar, visitar los *aduares*, escuchar á los judíos procedentes de Fez, que nos dan cuenta de los grandes preparativos que se están haciendo para nuestra recepción, recibir á los enviados del Sultán que vienen á saludarnos en su nombre, y contemplar las familias árabes que vadean el río en largas hileras, formadas por los camellos que marchan delante, á los cuales siguen primero los hombres, después las mujeres, que llevan á cuestas á sus hijuelos, y por último, los muchachos seguidos de los perros; las caravanas que pasan y los muchos curiosos que de todas partes acuden: una puesta de sol que enamora

y la noche más bella que haya contemplado jamás la mirada del hombre.

En cuanto amanece continuamos la marcha. Penetramos de nuevo en una región ocupada por colinas, volvemos á descender á la llanura, y tomamos por un camino tortuoso encerrado entre dos paredes que nos impiden descubrir el horizonte. De repente una voz sonora grita: — ¡Fez! — Todos nos detenemos. Delante de nosotros, pero á algunas millas de distancia aún, al pie de la montaña, se descubre en un verdadero bosque de torres, agujas, minaretes y palmeras, velada por una ligera niebla. Un alegre — ¡Hemos llegado! — sale á la vez de todos los corazones, pronunciado en italiano, español, francés, árabe, genovés, siciliano y napolitano, y al silencio producido por la admiración, sucede inmediatamente una charla alegre y animada. Seguimos adelante y no paramos hasta el campamento, que por última vez veíamos levantar, estableciéndolo al pie del monte Tagat, cabe la orilla del río de las Perlas, á hora y media de Fez.

Durante todo el día tiene efecto un continuo ir y venir de gentes que nos trae incesantemente ocupados, y que dan al cuadro el aspecto del cuartel general de un ejército en tiempo de guerra. Enviados del Sultán, mensajeros del primer ministro, representantes del maestro de ceremonias, del gobernador de Fez, oficiales, mayordomos, negociantes, parientes de los moros de la caravana, todos gente pulcramente vestida, agradable, ceremoniosa, ostentando el aire de la corte y de la metrópoli, que hablaba con voz grave y ademán majestuoso del formidable ejército, de la inmensa multitud, del delicioso palacio que nos espera. La entrada se ha fijado para las ocho de la mañana siguiente.

Al amanecer todos estamos en pie. En todas partes reina

un gran movimiento de navajas, peines, esponjas y cepillos y una alegría que compensa con usura todas las incomodidades del viaje. El embajador luce su sombrero galoneado, Hamed-ben-Hassen la gumía de gala, Selam un caftán color de rosa, Civo un pañuelo verde en derredor de la cabeza, en señal de gran solemnidad; todos los criados ostentan jaique blanco; todos los soldados de la escolta las espingardas relucientes; todos los italianos las prendas más elegantes de su equipaje. Entre todos somos un centenar, pudiendo asegurarse que Italia no ha tenido jamás una embajada más bizarramente dispuesta, más pomposamente colorida, más alegremente ansiosa y con más impaciencia esperada. El día es hermoso, los caballos piafan, los jaiques ondean azotados por la brisa matinal, todos los semblantes muestran el regocijo, todas las miradas se fijan en el embajador que cuenta los minutos en su reloj. Las ocho. Una señal: todos montamos á caballo, y en marcha. ¡Ah! ¡Qué importa ser siempre niño! ¡Siento latir mi corazón!



Entrada en Fez